

LUZ RECOBRADA

I

—Es curioso cómo puede borrarse, sin dejar rastro, la huella de un hombre, cómo puede desaparecer del mapa alguien que tuvo un protagonismo destacado en su época, hasta hace poco más de veinticinco años.

—No dejas de insistir. Eres terco. Yo que tú lo habría dejado por imposible. Con la de asuntos que tienes a mano, te has ido a interesar por el más raro y escabroso, por el que más te puede complicar la vida.

Noviembre llegaba a sus días finales cargado de agua. Desde la cristalera del balcón podían verse los tensos hilos de la lluvia contra la noche y las farolas, el brillo del asfalto barrido por los faros de los automóviles, los oscuros viandantes. Mario pensó en la lluvia cayendo sobre la casa abandonada de la Ciudad Lineal, encharcando las losas del patio cubierto de hojarasca. En la visita de incógnito de hacía apenas dos días. En la rara atracción que lo ataba al edificio desde antiguo. Pensó también en su ensayo, en la encrucijada en que podía desembocar. Frente a él, el tablero de ajedrez hablaba de una realidad bien distinta. Había terminado de colocar las piezas. Sin embargo, recluido en los caminos de su peculiar investigación, no se había percatado de que le correspondía salir. Rosa golpeó ligeramente el tablero con uno de los peones para llamar su atención, para que iniciara de una vez la partida.

—Estoy por jurar que no era una obsesión infundada. Mi tío me habló muchas veces de él antes de su muerte. Estaba convencido de que vivía. Y esa convicción no me deja ni a sol ni a sombra. Es más, es lo que me obliga a insistir.

Rosa, al igual que Mario, adelantó el peón de rey. Y lo hizo con ademán nervioso, como si le incomodara su desatención, el

repliegue en el trabajo que tenía a medias, un trabajo que ella consideraba inútil y arriesgado.

—Como no te centres en la partida, lo dejamos y me acuesto.
—dijo ella.

Mario guardó silencio. Tras una sucesión de jugadas marcadas por el desinterés, se vio ante un mate inminente. Inclino el rey con alivio. Rosa era consciente de que la victoria se debía al despiste de Mario y eso la exasperaba. Mario se levantó y se acercó al mueble bar. Dijo:

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, la cama. —contestó Rosa.

—Por mí como si te operas.

—Eres desesperante. No sé cómo te aguanto. Siempre que estás con un asunto en la cabeza parece vivir fuera del mundo. Todo te es ajeno.

—Ya sabes que el estudio es como un desafío. Una vez iniciado no puedes dejarlo a medias.

—Me aburres.

Mario echó coñac en la copa hasta mediarla. Rosa cogió una novela policíaca de la estantería y se perdió por la puerta del dormitorio. Intentó apaciguar la dureza de su actitud con ironía, mientras cerraba la puerta.

—Esperemos que no acabes impotente... Te ha dado fuerte con el misterioso ilustrador.

«El tono de siempre, el cierre de sus periódicos cabreos», pensó Mario mientras se desplomaba en la butaca.

¿Perseguía un imposible? Estaba ante su primer trabajo largo, quizá ante su primer libro. Hasta entonces se había limitado a publicar en revistas universitarias, en publicaciones del sector progresista de la iglesia, en algún que otro semanario acostumbrado a la sanción gubernativa pequeños estudios sobre el periodismo del siglo XIX, sobre la prensa local de provincias. Un trabajo agotador, vocacional, que le proporcionaba dinero escaso y disgustos

abundantes y que realizaba con un punto de heroísmo en el tiempo libre que le dejaba su trabajo en la oficina.

Contempló la copa. Dio un sorbo breve y recibió la llama del alcohol con un fondo de placer, como si el licor apaciguara sus dudas. Dejó la copa sobre la mesa de centro. Se incorporó. Se acercó a la cristalera del balcón y, con las manos en los bolsillos, observó la noche y la lluvia, la ciudad oscura, el silencioso caminar de los noctámbulos. Aún estaba abierto el café Séneca y en los bloques de enfrente se mantenían iluminadas algunas ventanas.

A Mario le gustaba contemplar la noche del barrio. Respirar el silencio en sombra de una ciudad perdida en el tedio de aquel año sesenta y seis, veintisiete de posguerra, veintiséis de su mediocre biografía, era una suerte de tranquilizante. Rosa no veía con buenos ojos sus inclinaciones hacia lo prohibido. Ni su resistencia a ejercer la profesión para la que se había titulado, a buscar trabajo en la prensa. Él, consciente de haber nacido para inútil, no se imaginaba de gacetillero, ni de reportero de sucesos, ni siquiera de comentarista político. El periodismo de investigación, quizá lo que más le atraía, le estaba vedado a no ser que optara por investigar siguiendo las pautas del Boletín Oficial del Estado y con depósito previo. Por ello, había optado por trabajar en estudios sobre la prensa de otro siglo, sobre publicaciones locales olvidadas. Un empeño poco comprometido que le permitía una cierta labor investigadora. «Menos da una piedra», se decía a veces. De comer le daba el trabajo en la oficina y el amor, con altibajos, con desajustes, lo encontraba en Rosa. Por ello, el libro que tenía entre manos le obsesionaba tanto. Sabía que no se publicaría. Que tendría problemas insalvables con la censura. Pero no había otro remedio. Era un asunto de dignidad. Tenía que seguir adelante.

Eladio Vergara era un inmenso vacío. Su nombre había pasado a formar parte del patrimonio de obsesiones de Mario Ojeda hacía mucho tiempo, tal vez tres lustros atrás, en el frontispicio de sus diez u once años, a través de las confesiones de un viejo herma-

no de su padre, Elías Ojeda, que desde el año cuarenta y uno o desde el cuarenta y dos vivió en el hogar familiar más como una condena, como una nefasta aparición —tras haber sido dado por desaparecido, por muerto, al final de la guerra— que como una ayuda, tan estimada en aquel tiempo de ausencias y descalabros. Manco de la mano izquierda, la sien derecha hundida por la metralla, para Mario había sido un personaje mítico que le hablaba de lo prohibido con una vehemencia que sus padres consideraban obra de un loco. Nadie, salvo él, aún en la antesala de la adolescencia, tomaba en serio sus historias. En el fondo, todos en el barrio lo consideraban un demente marcado por las secuelas bélicas. Y así fue hasta su muerte.

Por él había tenido noticia de Eladio Vergara. Sobre las largas charlas de después de la cena, en las que Elías Ojeda levantaba una memoria astillada, llena de espacios en blanco, de íntimas y colectivas frustraciones, Mario llegó a construir el reverso de la historia escuchada en el colegio, leída en los textos escolares. Contra esa historia, su padre y su madre se rebelaban infructuosamente, intentando que el niño que él era entonces las tomara como desvaríos de una mente trastornada. Así llegó a conocer la biografía azarosa del dibujante. Amigo íntimo de aquel supuesto demente desde los años previos al levantamiento del 36, había sido un ilustrador famoso, un humorista que se ganaba la vida publicando viñetas, caricaturas y chistes en algunos diarios de la capital —diarios inexistentes ya, violentamente desaparecidos unos, transformados a la fuerza otros— y que oficiaba, en los ratos libres, según decía su tío, el rito clandestino del pintor marginal, del genio voluntariamente oculto. Mario asentaba, además, su fijación, en la contemplación de una colección de grabados —una especie de decálogo, con ciertos tintes goyescos, del asedio de Madrid— que dormía en una sobada carpeta que Elías Ojeda siempre llevaba consigo y que, para ilustrar sus historias, abría de modo algo ceremonial en ocasiones excepcionales ante sus ojos ávidos de mundo y de aventura.

Ahí estaba el origen de su ensayo. Recordaba a aquel hombre, menospreciado por unos padres vencidos por el miedo y

por la necesidad de sobrevivir pese a aquel fantasma inútil y sin pensión que les había caído encima, como una figura mítica deslumbrada por la pátina heroica del dibujante. Su muerte fue recibida con alivio en la casa familiar. Mario, ya en el filo de los trece o catorce años, la vivió sin embargo como una amputación. Tan injusta como la incineración, a manos de su padre, del talismán, de la carpeta y de los dibujos que en ella se guardaban: con la excusa de un registro masivo que la policía realizó una tarde de abril en gran parte de las casas del barrio —un núcleo de viviendas bajas situado cerca de la antigua carretera de Aragón al que, quizá en un alarde de humor negro, llamaban barrio de la Alegría—, echó a las llamas todo cuanto aquel loco había dejado a su muerte. Viejas ropas sin uso, fotografías de sus héroes, un ejemplar de una revista con ilustraciones de Vergara y otros abalorios de una voluntad no doblegada fueron pasto del fuego pese a su sorda oposición, pese a su mirada de rebeldía y de impotencia.

Una marca indeleble, como un tatuaje o una herida, quedó, desde entonces, en la memoria de Mario Ojeda. Un pozo lleno de enigmas que el paso de los años no había hecho sino ahondar, avivando al tiempo el recuerdo heredado de aquel hombre, de aquel artista cuyo rastro se había convertido en ceniza junto a las huellas personales de su más devoto admirador, el tullido Elías Ojeda, aquella tarde de abril de hacía, al menos, doce años.

Desde entonces, la reconstrucción de su vida, el análisis de su aportación al humor gráfico de la España de los años treinta y su paradero posterior, se habían convertido en una terca e íntima batalla. Tal vez un ansia vindicativa, un soterrado afán por demostrar —no a sus padres, muertos no hacía mucho, no a los vecinos que veían a Elías Ojeda deambular con sus invalideces y su carpeta y sus historias truculentas por las calles del barrio, sino a sí mismo, calificado de incauto y fantasiado en aquellos años— que aquel loco no iba descaminado, que lo suyo no era demencia sino desafío al miedo que todo lo inundaba, respiraban en aquel trabajo difícil y lleno de esquinas y sombríos pasadizos.

Con ese empeño y tras numerosas visitas a la Hemeroteca, Mario había recopilado buena parte de las colaboraciones de Eladio Vergara en la prensa. Rastreando en las publicaciones de la época y recobrando —y contrastándolas con documentos oficiales y oficiosos— algunas de las afirmaciones de su tío, había logrado hilvanar los rudimentos de su biografía. Había ido incluso a los archivos del Boletín Oficial en busca de su nombre en las interminables listas de condenados a muerte en los años inmediatamente posteriores a la contienda, sin resultado. Su reto, su íntimo empeño, era confirmar la intuición de Elías Ojeda de que permanecía aún vivo. O, en caso de que así no fuera, cómo y cuándo se había producido su muerte. Una labor de incierto final puesto que el dibujante podía perfectamente formar parte de la larga nómina de desaparecidos, de cadáveres anónimos que llenaron las fosas comunes de la derrota.

Volvió a la butaca y cogió de nuevo la copa entre los dedos. Pensó en Rosa. En el escepticismo con que juzgaba y asumía su trabajo. Probablemente, estaba dormida con la novela policíaca tirada en el suelo, cerca de la cama. Bebió otra vez, zanjando su reflexión sobre el dibujante y recordó de nuevo la visita al caserón de la Ciudad Lineal.

Se trataba de un edificio decrepito de una sola planta, levantado a principios de siglo al calor de la utopía urbanística de Arturo Soria. Formaba parte de una manzana de viviendas muy viejas, rodeadas de abundante vegetación, que resistían como supervivientes de otra era la creciente amenaza de los bloques de apartamentos que a un lado y a otro del bulevar se estaban construyendo. La Ciudad Lineal, desde la plaza donde el monumento a los caídos cerraba la calle de Alcalá hasta el descampado que, al norte, moría en una descuidada carretera que llegaba hasta Manoteras y Hortaleza, lo atraía de un modo inexplicable desde hacía mucho tiempo. Llevaba años buscando infructuosamente las razones que explicaran aquella atracción. Alguna vez se lo había

comentado a Rosa a pesar del desdén con que acogía lo que consideraba obsesiones infundadas, manías sin sentido. Mientras, en la campana de silencio de la noche, Mario contemplaba la copa casi vacía, su mente retornaba a la experiencia vivida dos noches atrás: el acceso al caserón, el descerrajamiento de la puerta, la sensación de acceder a un espacio cargado de misterios, la oscuridad interior —no se había atrevido siquiera a presionar el interruptor de la linterna— traspasada por un olor sucio, a tela podrida, a humedad, a telarañas, a moho, un espacio del que huyó por un miedo incierto y al que sin embargo había decidido volver en otra ocasión, a hora más temprana, cuando la luz de la tarde no hiciera absoluta la oscuridad de adentro.

Una secreta atracción hacia sus muros, hacia su imagen contemplada a diario desde el tranvía, convertía aquella casa abandonada en lugar recurrente de sus cavilaciones. Una tendencia a la que no encontraba otra justificación que no fuera algo semejante al hechizo que sobre él proyectaba la Ciudad Lineal. Los pinos gigantes que a un lado y a otro parecían custodiar la calzada, el matorral que crecía en las zonas más húmedas, los viejos kioscos, los merenderos y, sobre todo, el tranvía de las tardes, el viejo 70, sus raíles cubiertos de hierbajos, hacían de aquel espacio una rara excepción en la realidad caótica de un Madrid que por entonces comenzaba a desprenderse de su vocación de pequeña ciudad, de sus calles de adoquines, de sus viejos tranvías.

Se incorporó. Apuró el coñac, miró la hora y —eran las dos de la madrugada— decidió buscar el calor de la cama y la placidez del sueño. Tenía que levantarse temprano.